

Nombre del participante: TADEO AGUSTÍN LOZANO MORENO

Con base en el análisis de este módulo y en congruencia con el enfoque humanista que postula la NEM, realiza una reflexión de tu práctica y visualiza algunas estrategias necesarias para implementar o fortalecer la inteligencia emocional de los estudiantes en los procesos de la evaluación formativa.

Finalmente, te invitamos a que elijas una de tus estrategias propuestas, la pongas en práctica con tus alumnos y en el formato que se presenta a continuación, narres tu experiencia.

Reflexión sobre mi práctica

A lo largo de mis años como docente en educación primaria, he llegado a entender que la enseñanza va más allá de la simple transmisión de conocimientos. La inteligencia emocional juega un papel fundamental en el aprendizaje y el desarrollo de los estudiantes. Reflexionando sobre mi práctica, he observado que muchos alumnos se enfrentan a emociones intensas que pueden afectar su rendimiento académico. Por ello, es crucial integrar la evaluación formativa con un enfoque que no solo considere las habilidades académicas, sino también el bienestar emocional.

He identificado varias estrategias que podrían fortalecer la inteligencia emocional de mis estudiantes. Estas incluyen la creación de un ambiente seguro, la autoevaluación, la retroalimentación emocional y la implementación de proyectos colaborativos. Cada una de estas estrategias tiene el potencial de ayudar a los estudiantes a comprender mejor sus emociones, a trabajar en sus habilidades interpersonales y a desarrollar una mayor resiliencia frente a los desafíos.

Estrategia Seleccionada: Autoevaluación y Reflexión

Entre todas las estrategias que he considerado, decidí centrarme en la autoevaluación y reflexión. Esta práctica permite a los estudiantes tomar conciencia de sus emociones y de su propio proceso de aprendizaje. A través de la autoevaluación, los alumnos pueden identificar no solo lo que han aprendido, sino también cómo se han sentido en el camino. Esto les ayuda a construir una conexión más profunda con su proceso educativo y a desarrollar una mayor autoconfianza.

Para implementar esta estrategia, diseñé un diario de aprendizaje que se centra en la autoevaluación. Este diario incluye preguntas guías que invitan a los estudiantes a reflexionar sobre sus experiencias en el aula. Algunas de estas preguntas son:

- ¿Cómo me sentí hoy en clase?
- ¿Qué aprendí que me hizo sentir orgulloso?
- ¿Qué desafíos enfrenté y cómo los manejé?
- ¿Qué puedo hacer la próxima vez para sentirme mejor?

Implementación en el Aula

Una vez que tuve listo el formato del diario, decidí ponerlo en práctica con un grupo de alumnos de tercer grado. Antes de comenzar, organicé una pequeña charla para explicarles la importancia de la autoevaluación y cómo podría beneficiarlos. Hablamos sobre cómo nuestras emociones pueden influir en nuestro aprendizaje y cómo reconocerlas puede ayudarnos a crecer.

Dedicamos unos 15 minutos al final de cada semana para que los estudiantes completaran su diario. Al principio, algunos mostraron resistencia y no sabían cómo expresar sus emociones de manera escrita. Para ayudarles, les di ejemplos de cómo podrían responder las preguntas, alentando la conversación abierta sobre sus sentimientos.

En las primeras semanas, noté que algunos estudiantes se limitaban a responder de manera superficial. Sin embargo, a medida que continuamos con esta práctica, comenzaron a abrirse más. Creé un ambiente donde todos se sintieran seguros de compartir sus pensamientos sin miedo a ser juzgados.

Narración de la Experiencia

Después de varias semanas, decidí dedicar una sesión para que los estudiantes compartieran algunas de sus reflexiones. Fue un momento impactante y revelador. Un estudiante, que normalmente era reservado, compartió que había sentido frustración con una tarea de matemáticas. Sin embargo, en lugar de rendirse, decidió pedir ayuda a un compañero. Este simple acto le brindó no solo una solución, sino también una conexión emocional con su compañero. Al compartir su experiencia, inspiró a otros a hablar sobre sus propios desafíos y cómo los habían enfrentado.

Otro alumno expresó su orgullo al haber mejorado en lectura. Dijo que al principio le daba miedo leer en voz alta, pero que al practicar y recibir apoyo de sus compañeros, su confianza había crecido. Este tipo de reflexiones no solo promovieron un diálogo abierto sobre emociones, sino que también fomentaron un ambiente de apoyo mutuo entre los estudiantes.

Al revisar los diarios, me di cuenta de que muchos alumnos estaban comenzando a identificar patrones en sus emociones y en sus procesos de aprendizaje. Algunos escribieron sobre cómo habían manejado el estrés antes de un examen, mientras que otros reflexionaron sobre la importancia de celebrar pequeños logros. Esta toma de conciencia es un paso vital hacia el desarrollo de su inteligencia emocional.

Además, la retroalimentación que pude ofrecer fue más rica y significativa. Al conocer mejor las experiencias de mis alumnos, pude brindarles apoyo específico y reconocer sus esfuerzos de manera más efectiva. Esto, a su vez, fomentó un sentido de comunidad en el aula, donde todos se sentían valorados y escuchados.

Conclusión

En resumen, la autoevaluación y reflexión no solo han ayudado a mis estudiantes a desarrollar su inteligencia emocional, sino que también han transformado el ambiente de mi aula. He visto cómo mis alumnos se han vuelto más abiertos y colaborativos, apoyándose mutuamente en su proceso de aprendizaje. Esta experiencia ha reafirmado mi convicción de que la educación debe ser un viaje integral que abarque tanto el conocimiento académico como el desarrollo emocional.

A partir de esta experiencia, estoy decidido a seguir implementando la autoevaluación y reflexión en mi práctica diaria. Espero que, al continuar fomentando la inteligencia emocional, mis estudiantes no solo se conviertan en aprendices competentes, sino también en individuos empáticos y resilientes. Esta es, sin duda, una de las metas más importantes de mi labor como docente.